

EL OPTIMISMO TAMBIÉN CABE

LLUÍS FOIX

LA VANGUARDIA, 4.10.07

“Me parece más inteligente buscar la excelencia que instalarnos en la queja”

Me cuesta sumarme a la corriente tan extendida y tan endémica de mirarnos cada mañana al espejo y descubrir que somos feos, que nos atacan, que en Madrid, Valencia o Bilbao la situación es mucho mejor y que nuestras desgracias vienen de fuera.

El catalanismo político, desde Almirall hasta Pujol y Maragall, ha llenado más páginas de diarios sobre cómo tiene que ser España que cómo es y debe ser Catalunya. La corriente central del catalanismo mayoritario se ha fijado históricamente en tener más autogobierno y en intentar cambiar la idea de España. De nuevo estamos en ello. No hay que despreciar la fuerza de Catalunya si nos atenemos a la historia de los dos últimos siglos. Para lo bueno y para lo menos bueno.

El desapego mutuo entre españoles y catalanes ha subido de tono. Con una diferencia que no me parece irrelevante respecto a lo que ya ocurrió cuando se aprobó el primer Estatut de autonomía en el año 1933. Catalunya tenía entonces una gran dosis de autoestima y de orgullo nacional porque era muy fuerte económica y culturalmente.

Hasta hace bien poco, Catalunya llevaba una generación de ventaja respecto a España. Y su importancia venía del propio peso de las cosas. Era una realidad.

Me parece imprescindible que tengamos un instrumento jurídico, político y económico que nos permita desarrollar todas nuestras potencialidades. El nuevo Estatut va en esta dirección aunque para sectores que no circulan por la corriente central del catalanismo político les parezca insuficiente hasta el punto de acariciar la idea de la bilateralidad con España o incluso la ruptura con el Estado.

Son aspiraciones legítimas pero no mayoritarias. Mientras no se alcance la mayoría suficiente para tomar decisiones de este calibre, sugiero que nos miremos al espejo y veamos qué es lo que nos ocurre, cómo podemos fortalecer nuestra economía en el ámbito global, cómo podemos hacer de la cultura catalana y la que se hace en Catalunya, los nuevos motores para sentirnos más seguros y más tranquilos.

Hay que aspirar a la excelencia en todos los campos y abandonar de una vez el discurso político quejica. Hay que mirar a Madrid porque es donde se fraguan los presupuestos pero mirarnos más a nosotros mismos y proyectarnos al mundo.

Pero no podemos olvidar lo que hace a las sociedades grandes y fuertes. Me refiero a aspectos como la educación, a la secundaria y universitaria, a la investigación, a la biomedicina, a la industria farmacéutica, a los hospitales, a las escuelas de negocio, a la creación de conocimiento, a la especialización, a la construcción de una sociedad más justa y más libre.

Ser más sabios para hablar y actuar con el lenguaje de la modernidad y ser así más influyentes en Madrid, en Europa y en el mundo. No perder el tren y no perder el tiempo.